

REVISTA LITERARIA

DE

EL ESPAÑOL,

PERIODICO DE LITERATURA, BELLAS ARTES Y VARIEDADES.

N.º 10

LUNES 4 DE AGOSTO DE 1845.

ESTADO DE LA IGLESIA EN INGLATERRA. HISTORIA DEL PURITANISMO.

ARTÍCULO III.

Progresos de los católicos.

Desde que la familia de Brunswick subió al trono de Inglaterra, el principal objeto de su política fue la humillación, y si posible fuese, el esterminio de la religion católica-romana en sus estados; y en favor de esta intencion, por cruel é injusta que parezca en nuestros tiempos, hay mucho que decir: habia sido la religion dominante de los Estuardos y de su corte; era la religion que hubiera querido desheredar á los Jorges, y la que continuamente turbó sus reinados. Los irlandeses se adherían á ella con frenesí; y los escoceses que la aborrecían, que tan enérgicamente habian luchado contra ella estinguiéndola en torrentes de sangre en su país, la acogían con favor en la persona de su príncipe destronado, cuando vino á escitar guerra contra la Gran Bretaña. Durante los reinados de los dos primeros Jorges, la fé católica-romana fue la hídra que hizo temblar sus tronos hasta los cimientos. Comprimida en un punto, se levantaba en otro mas resuelta, mas indomable. De nada servían las medidas de conciliación. Probóse la severidad, y tuvo buen éxito. Jorge III tenia por su parte al pueblo. Era inglés, nacido en medio de este pueblo, hablando su idioma y profesando su misma fé. El pueblo aborrecía á los católicos; y las leyes penales que se dictaban contra ellos, se recibían con entusiasmo y se ejecutaban con rigor. Los católicos no tenían mas alternativa que el silencio ó el destierro, y durante todo el siglo XVIII se les miró como traidores y criminales.

Sin embargo, existían muchos hombres que profesaban esta creencia, y muchos de estos eran hombres virtuosos y leales, sinceramente adictos á la casa reinante, y que sentían la desconfianza que se les manifestaba. Jorge III se hallaba felizmente establecido en el trono, y creyóse que se podrían hacer algunas concesiones sin riesgo á los católicos. Permitióseles recibir clérigos católicos en sus familias; concedióse permiso á los clérigos ingleses para que dijese misa en las capillas de los embajadores y ejerciesen sus prácticas, y lo que entonces se consideró como

una desmesurada indulgencia, que celebrasen matrimonios y bautizasen á los niños, cosas que hacia muchos años les estaban severamente prohibidas. El gobierno se hubiera manifestado aun mas tolerante y la iglesia anglicana estaba dispuesta á favorecerlo en sus miras, cuando el pueblo se alarmó. Habia visto este con poca satisfaccion que se hiciesen tantas concesiones á la fé que aborrecían; las tradiciones de las hogueras de Smithfield y "la sangrienta reina María," conservábanse frescas en su memoria; y cuando se dió licencia á los católicos para edificar capillas, ó como las llamaba el pueblo por desprecio, *casas de misa*, la llama oculta estalló en la capital, y muy pronto se extendió á todo el reino.

Un noble, medio loco y estravagante, fácil instrumento en manos de malvados mas astutos que él, levantó el grito de *abajo el papismo*, y prestó su nombre y persona para sancionar las crueldades que se cometieron contra los católicos. Mientras que trouaban desde sus púlpitos los disidentes contra los papistas, lord Jorge Gordon al frente de una multitud amotinada daba efecto á sus denuncias incendiando las capillas católicas, las casas de sus jefes, y lastimando donde quiera que los hallaban y podían sus personas y propiedades. El gobierno hizo cuanto pudo por proteger á los católicos y compensarles las inmensas pérdidas que habian sufrido; pero viendo que sus medidas en favor de los católicos serian sumamente impopulares, y escitarían mas y mas la indignacion del pueblo, abandonó su plan de concesiones, con tanta mas facilidad cuanto que el rey se oponía á él, considerándolo incompatible con el juramento que habia prestado en su coronacion. Durante muchos años los católicos permanecieron en silencio, y se contentaron con practicar su religion tranquilamente, sabiendo que tenían enemigos mortales en todas las sectas que sin vacilar los calificaban de idólatras y los trataban como tales. El populacho ignorante no podia oír la palabra *católico* sin asociarla con Smithfield y sus hogueras; y aun los ingleses mas ilustrados y de ideas mas sanas veían segura la caída de la monarquía y la ruina del gobierno constitucional en la adopcion de los católicos al goce de los mismos derechos que ellos disfrutaban. Con el tiempo se desvanecieron estas preocupaciones; otra generacion fue mas indulgente;

ta que siguió adoptó por norma la justicia; y los católicos fueron emancipados y admitidos á participar todos los derechos de ciudadanos británicos.

Hace tiempo que se ha reconocido en todo país civilizado que una iglesia establecida, esto es, una religion nacional, dada y protegida por la legislatura, es absolutamente indispensable. Sin esto la confusion que resulta de contratos matrimoniales, y fees de bautismo, seria interminable; seria imposible probar la identidad de ningun hombre, y ni habria seguridad en los contratos ni en la trasmision de la propiedad. Pero como es tan cruel como injusto encadenar la conciencia de los hombres, permítase á todo súbdito de la Gran Bretaña adorar á su Dios segun lo entienda, con tal que pague esta tolerancia, contribuyendo al sostenimiento de la iglesia establecida. Los disidentes de todas clases lo han hecho con gusto. Reconocieron la justicia del principio y se adelantaron á sostenerlo; ni se manifestaron los católicos de Inglaterra menos dispuestos á concederle este apoyo que sus hermanos disidentes. La religion establecida por la ley era la de una gran mayoría de la nacion, y á pesar del infinito número de sus sectas, la iglesia anglicana siempre ha estado en paz consigo misma y con ellas.

En Irlanda el estado de las cosas era muy diferente. Allí tambien se reconocia la necesidad de una iglesia establecida, y el gran error ha consistido en adoptar una religion estraña para constituir esta iglesia. Siendo la mayoría del pueblo católica, parecería natural dar á su iglesia la supremacia; pero á esto se opone la politica de Inglaterra. La iglesia de esta es tolerante, y permite que los disidentes practiquen su fe bajo su proteccion; la iglesia de Roma es esclusiva, y los disidentes no hubieran encontrado indulgencia bajo su mando en Irlanda, en la época en que reinando la casa de Tudor, sus establecimientos eclesiásticos se hallaban bajo la consideracion del gobierno. El severo mando del obispo Bonnus acababa de terminar, y las convulsiones que habia suscitado en Inglaterra se habian extendido á los protestantes de Irlanda, que estaban llenos de terror para el porvenir. Era necesario que el clero no dispusiese de mucha riqueza. Isabel no queria verlos imitar á sus predecesores y á sus hermanos de Francia, que usaban la armadura bajo la vestimenta de paz, y que enlazaban una espada sangrienta con las llaves de San Pedro. Creyó con razon que mas valia reprimir el mal que no curarlo; pero su represion fue injusta. La *Saint Bartholomew* tambien, cuyos lamentos resonaban aun en los oidos de los atemorizados protestantes, era por sí causa suficiente para excitar dudas y temor; pero cuando oyeron al clero católico no solo escusarla, sino justificarla, el terror de los de Irlanda no conoció limites, y no vieron esperanza de seguridad para ellos bajo una iglesia establecida y católica. Estas considera-

ciones influyeron en los príncipes de la casa de Tudor para adoptar esa linea de conducta que han seguido todos sus sucesores, y para tener sometida la iglesia católica á su menos poderosa rival. No tratamos de justificar esta conducta, ni menos el imprudente desgobierno con que se ha oprimido á la iglesia de Irlanda; pero mucho se pudiera decir para atenuarla. La larga y activa guerra en que se halló empeñada la nacion con Francia durante cuarenta años, no daba tiempo á los ministros para ocuparse en asuntos domésticos. Si sospechaban que los irlandeses eran poco adictos á su mando, no se equivocaban, como lo prueba el lenguaje de sus gefes en aquella época. Si vacilaron mucho tiempo para conceder la emancipacion, fue porque á pesar de la modestia de sus demandas, temian que pidiesen mas, á medida que fuesen mayores las concesiones. Para conocer la justicia de sus suposiciones, hasta volver la vista á 1830 y á la conducta observada por el clero irlandés cuando el gobierno hubo obtenido la ley de emancipacion de los católicos. Los que en este momento, en 1845, reclaman con tanto ardor por el *Repeal*, ó disolucion de la union; los que atacan á Inglaterra con tanta furia y le prodigan las invectivas y las reconvencciones, eran en 1830 muy moderados en sus deseos, y se mostraban muy agradecidos por las concesiones obtenidas. El Dr. Higgins, que hoy llama á Inglaterra "nacion ciega é infame," opositora, de quien solo por fuerza se pueden obtener concesiones, firmaba en 1830 con los demás obispos una pastoral al pueblo irlandés, en que manifiestan que "habiendo obtenido el favor de la emancipacion, descalo por tanto tiempo, retiraban toda futura aplicacion politica, y esperaban que jamás se renovaria por sus sucesores." ¿Qué confianza se puede tener en la conducta futura de Irlanda? Si á la emancipacion ha de seguir la revocacion ¿qué es lo que seguirá á esta? Sin duda una separacion absoluta de los reinos; quizás la creacion, en la nacion mas próxima á Inglaterra, de una república demente, gobernada por lemagogos y frailes, origen constante de guerras; cosa que la Gran Bretaña por su propia existencia no puede consentir; pues la Irlanda seria una amenaza constante, dispuesta á unirse como lo ha declarado, con cualquier enemigo que atacase á Inglaterra. Una politica sostenida por tantos siglos y por tantos soberanos, no puede ser enteramente mala; y todos los reyes ingleses han hecho esfuerzos de diferentes maneras á fin de reunir los reinos británicos en uno solo para seguridad y provecho de todos.

La iglesia de Irlanda proclama á gritos sus quejas, pero no dice nada de sus satisfacciones. Los ingleses están sobrecargados de contribuciones de que se hallan libres los irlandeses, y sin embargo se exige á los primeros que paguen subvenciones á colejos católicos y al clero de la misma *St. Maynooth*, seminario irlandés, para

la educacion del clero ha sacado ya grandes sumas de las arcas protestantes de Inglaterra. Este sistema de quitar á una nacion para dárselo al clero de otra, no es ni prudente ni justo, y de aquí ha nacido la violenta oposicion de los ingleses á las nuevas medidas propuestas por sir Roberto Peel para aumentar la dotacion que disfruta Maynooth. De esto resulta una situacion peligrosa. Es muy difícil, si no imposible, separar la cuestion religiosa de la política. Pero considerando esta materia bajo un punto de vista justo y filosófico, no se puede negar que los beneficios que hoy se ofrecen á Irlanda han sido retardados demasiado tiempo. Y sin embargo mejor sería que se retardasen aun mas, que no que se supusiese que Inglaterra cedía por temor, idea que ofende ó irrita á los ingleses, y hace que se retiren muchas manos que antes se adelantaban en sincera amistad y conciliacion. Que Irlanda tenga aun paciencia, y si cree que ya ha tenido demasiada y con poco resultado favorable, que considere que los tiempos y los hombres han mudado mucho; que la principal propension de nuestro siglo es la tolerancia. Si, hace treinta ó cuarenta años se hubieran propuesto y sostenido seriamente las concesiones que hoy se preparan á los católicos, hubiera resultado la misma mala voluntad y quizás los mismos desórdenes que dirigió lord Jorge Gordon contra ellos. Hoy se han aprobado casi sin oposicion. Que Irlanda, pues, tenga paciencia, y que Inglaterra sea justa, pero justa con todos sus sectarios, á fin de que la iglesia católica de Irlanda, convertida en iglesia nacional, no niegue á otros el amor fraternal y la tolerancia que ella ha solicitado de Inglaterra.

Tenemos ahora que dirigir nuestra atencion á otra secta recién nacida en Inglaterra, ese paí tan fértil en la produccion de sectarios de toda clase. Hablamos de la de los puseístas, que mas bien es en realidad una renovacion de una opinion antigua que la creacion de una nueva. En un artículo anterior explicamos el sistema del arzobispo Laud, que resucitó las antiguas ceremonias y formas de las primeras épocas del protestantismo, y aproximó las prácticas de la iglesia anglicana lo mas que pudo á las de la iglesia de Roma sin realizar una union positiva de las dos. Gracias á estas innovaciones, introducidas en época en que los ánimos estaban fermentando con el entusiasmo sombrío de las doctrinas de Calvino, perdió la vida aquel infeliz prelado. Cuando la restauracion del trono y de la iglesia, esta se dividió en dos partes; la una, que adoptó muchas de las reformas, ó como otros la llamaban, innovaciones de Laud, se distinguió con el título de la "alta iglesia"; la otra, que se adhirió tenazmente á la iglesia segun la entendian los miembros que se inclinaban á la sencillez de Calvino, se nombró la "baja iglesia." Baja los siguientes principios, fueron incesantes

las reyertas entre estas dos fracciones de la iglesia, y estas diferencias han llegado hasta nuestros dias. Ambas fracciones usaban el mismo ritual, pero una lo rodeaba con la magestad y pompa de la iglesia de Roma, y la otra se oponía tenazmente á toda especie de ceremonia. Esta habia llegado á ser la mas popular en la nacion, y durante los últimos setenta años, la "alta iglesia," y sus ceremonias se habian olvidado completamente, adoptando la mayoría de los prelados los principios "evangélicos," ó de la "baja iglesia," ó al menos dejando de usar las formas de la "alta iglesia."

Durante este intervalo de tranquilidad en la iglesia anglicana, el doctor Pusey, hombre de buena familia y pretensiones aristocráticas, llamó la atencion del público ingles por sus esfuerzos por resucitar la olvidada creencia, y las antiguas ceremonias de la "alta iglesia." Siendo hombre de talento, mucho saber, y ocupando una elevada posicion en la iglesia, como es la de canónigo de *Christ Church*, sus opiniones fueron tan inmediatamente adoptadas por el partido ortodoxo como desechadas por los "evangélicos." Respondióse con aspereza á sus escritos en defensa de su doctrina, en que probaba claramente que se apoyaba en las escrituras; y como sucede á las personas atacadas en sus respuestas, se adelantó á mas de lo que habia pensado al principio, y casi introdujo á la "alta iglesia," en el seno de Roma. Esto excitó el ardor del partido contrario, y el de los que hasta entonces habian permanecido indiferentes ó tibios mirando las luchas de los demás. Varias parroquias disgustadas con la introduccion de lo que miraban como formas nuevas, se quejaron á los obispos del espíritu innovador de sus rectores y vicarios. Uno de los prelados respondió á la queja asegurando á la diputacion que no tenia autoridad para prohibir al cura que usase la forma de que se quejaba; forma que lejos de ser nueva habia sido autorizada por la iglesia protestante, y empleada por el primitivo clero, cayendo posteriormente en desuso por la laxitud de sus sucesores. Semejantes respuestas, salidas de boca de los gefes de la iglesia, animaron al doctor Pusey, especialmente cuando uno de los obispos mas sabios y mas eruditos, en una pastoral á su clero; no se opuso á las doctrinas del puseismo, sino simplemente á que cosas de poca monta, como usar una sobrepelliz diferente, emplear un altar en lugar de una mesa, y colocar en él luces y flores, fuesen causa de disension. Paso á paso el doctor Pusey empezó á adoptar las doctrinas de Roma. Sostenía que la reforma fue incompleta, que el principio del protestantismo es una herejía, que la escritura no es la única regla de fe, que deben protegerse las instituciones monásticas como medios para alcanzar la perfeccion espiritual, y que hay siete sacramentos. Estas opiniones, no condenadas por el alto clero, pero atacadas amargamente por el

partido opuesto ó "evangélico," fueron defendidas con destreza y saber por el doctor Pusey; y oreyéndose con mas fuerza de la que realmente tenia, desgraciadamente para sí, se decidió á ensayar su poder en el teatro de las disputas teológicas, y predicó en Oxford un sermón sobre la doctrina de la transubstanciación, doctrina que declaró verdadera, justificándola con las escrituras. Semejante opinion en semejante lugar era imprudente, y fue unánimemente condenada. Los rectores de los colejos no estuvieron menos unánimes en su determinación, y el doctor Pusey fue suspendido de su ministerio por tres años, es decir, que se le prohibió predicar durante este tiempo en la universidad. Por recomendación del obispo de Oxford, dejaron de publicarse sus obras y las de sus discípulos que salían á luz con el modesto título de *tratados*; y por supuesto la oposicion es menos ardiente en sus ataques desde que se han retirado estos blancos de sus tiros. Los puseistas parecen ser hombres de mucho saber y muy religiosos. Sus vidas privadas han sufrido el escrutinio del odio religioso, la mas severa y la mas inflexible de las pruebas. Sus mas ardientes enemigos confiesan la virtud de sus prácticas, al mismo tiempo que condenan amargamente su teoria. Hasta ahora no han entrado en la controversia relativa á Maynooth, aunque sus opiniones prueban que serian favorables al interes católico. Quizás con esta prudencia quieren conciliarse el favor de aquellos de quienes se han separado con sus doctrinas, y si así es, obran con cordura, pues ya no son tan poderosos como lo eran hace un año, y se duda que sea posible que como cuerpo puedan existir aisladamente. Es de desear que se unan y se reconcilien con la "baja iglesia," para que confundiéndose la pompa y magestuoso carácter de una con la sencillez y entusiasmo de la otra, pueda finalmente la iglesia entrar en ese feliz sendero de una *via media* que es su condicion natural, y en favor de la cual tanto trabajaron y padecieron sus primeros campeones. Pasaron ya los dias del martirio; ningun hombre tiene hoy que temer persecuciones por su opinion individual; pero el cuerpo social sufre cuando chocan las creencias unas con otras, y se legan el odio y el fanatismo á la generacion que nace.

La libertad religiosa en la Gran Bretaña debería ser el patrimonio de todos sus hijos, y no debe haber mayorazgo. La iglesia madre debe tolerar, no esta ó aquella secta, sino todas. Los sectarios deben á la iglesia nacional aquella prudencia, mansedumbre y obediencia que tributan al jefe de una familia los miembros que la componen. En ningun pais del globo, ni aun en Alemania, hay tantas sectas como en Inglaterra: ojalá no fuese peculiar en esto solo, sino en la buena fe, en la generosa indulgencia, en la sincera union de unas con otras y entre sí. Cada época se distingue por el predominio de ciertas

ideas; en nuestra época reina la tolerancia universal y la buena voluntad hacia todos los hombres. Que los que en Inglaterra desechan concesiones porque "llegan demasiado tarde," recuerden que han venido con el tiempo, y que no podian venir antes, porque el tiempo no estaba maduro. Si todos cesiesen un poco, todos ganarian mucho, y dentro de pocos siglos se olvidarian las disensiones religiosas, ó se recordarian tan solo para asombrar de que pudiesen jamás haber existido.

ESTADO DE LA INDUSTRIA Y AGRICULTURA EN EGIPTO.

(De nuestro correspondiente de Alejandria.)

Desde que se celebró la última paz S. A. Mehemet Ali se ha consagrado principalmente al progreso de la industria y de la agricultura. Su genio incansable ha hecho cuanto ha podido para obtener grandes mejoras, y si no siempre ha correspondido el resultado de sus esperanzas, preciso es atribuir la causa especial á los hábitos arraigados en este pueblo, que se empeña esencialmente en seguir en todo las tradiciones de sus antepasados. S. A. que conoce la incapacidad de sus súbditos, ha llamado á su lado buenos agrónomos franceses é italianos, buenos maquinistas y gefes de obrador, tanto de Francia como de Inglaterra; y bajo la direccion de tales maestros, estas dos ciencias han podido adelantar un poco. Ademas de esto S. A. envía todos los años, á expensas del tesoro, cierto número de indígenas á Inglaterra y Francia, con el fin de que adquieran los conocimientos necesarios sobre todos los ramos de la industria europea y sobre las ciencias en general; y en efecto, empieza á sacarse de esto algun fruto, pues ya hay algunos ingenieros militares, navales y de minas, que aunque medianos, podrán quizás en adelante suplir enteramente la falta de europeos. Pero hay una circunstancia que entorpece el desarrollo del progreso, y es el mal sistema que observa el gobierno con los indígenas que, terminados sus estudios, vuelven al país. Cuando se envía á estos jóvenes á Francia ó á Inglaterra, se tiene cuidado de señalarles una mesada suficiente para que se sostengan en una posicion decente; pero cuando han terminado sus estudios y vuelven á Egipto, en lugar de darles segun su mérito empleos que produzcan poco mas ó menos lo que se les concedia como mesada, les dan destinos poco retribuidos, y que pocas veces tienen analogía con sus estudios, sin distinguir jamás al talento con título alguno honorífico; al contrario, véanse á menudo jóvenes muy instruidos ocupados en trabajos mecánicos y retribuidos como simples soldados. Cuando se ha desterrado la emulacion y la distincion del talento, ya no puede haber verdadero progreso; y no es porque no sean grandes los esfuerzos de S. A.; pero ¿de qué sirve esto si contrarian las grandes ideas que concibe la ignorancia y la obstinacion de sus altos empleados, que pocas veces

dejan que llegue la verdad á sus oídos, y cuando llega está ya desfigurada por el interés individual?

Las fábricas de tejidos de algodón que existen actualmente entre el alto y bajo Egipto, pueden llegar á unas 30, cuya mayor parte están montadas según el antiguo sistema; el trabajo de todas estas fábricas podría satisfacer en gran parte todas las necesidades del país; pero de la mala organización económica de su interior y de su absurda administración, resulta que ha sido preciso cerrar el mayor número de ellas por falta de utilidad; y si ahora quisiesen volverlas á poner en actitud de servicio, sería preciso hacer gastos inmensos, porque todas se están arruinando. Algunas sin embargo trabajan aun, y sus productos, aunque inferiores en calidad á los ingleses, han conseguido á pesar de esto entrar en competencia con ellos, gracias á la baratura de precios á que puede esponderlos el gobierno. No ha mucho que se estableció en una de estas fábricas una máquina de vapor inglesa; y no podría ponerse en duda el buen éxito de la empresa si estuviese confiada la dirección á cualquiera clase de personas con tal que no fuesen árabes. ¿Qué país se hallaría más favorecido que este si el genio de Mehemet-Ali tuviese la fuerza de comunicación de la electricidad para poder ser secundado en sus sublimes proyectos de economía política y mercantil? ¿Qué país prosperaría más si por medio de un sistema bien entendido se lograra hacer trabajar á todas estas fábricas? Entonces el gobierno hallaría ventajas no solo en el mayor valor de sus propios algodones y en el interés material de la fabricación, sino que haría rico al cultivador, á quien podría pagar fácilmente una diferencia de un treinta por ciento sobre los precios ofrecidos en las compras para la exportación, lo que se explica fácilmente calculando en primer lugar que los brazos están aquí en la proporción de uno á cinco relativamente á Inglaterra, que existiría también la economía en la conducción de la primera materia á Inglaterra y su retorno á Egipto manufacturada, y además el ahorro de las utilidades reunidas de todos los especuladores, negociantes y fabricantes.

Pocas cosas interesantes quedan por decir relativamente á las demás fábricas de diferentes clases que existen en Egipto. Muchos años hace sin embargo que existe una fábrica para refinar el azúcar, que trabaja bastante bien, y que siempre ha sido dirigida por europeos por cuenta de S. A. Los productos que de ella salen son buenos y casi pueden sostener la comparación con los de Europa. Hay además entre las de segunda clase una de gorros bastante importante establecida hace mucho tiempo en un pueblo del bajo Egipto llamado Fua; trabaja bastante bien bajo la dirección de árabes que han sido instruidos por artesanos truidos desde el principio de Tunex; estos gorros encarnados, llamados *Tasbouche*, son generalmente usados por todos los árabes sin distinción; su consumo es considerable, y esta fábrica no basta ni con mucho á las necesidades del país; así es que además de

sus productos se importa gran cantidad de estos gorros de países extranjeros. Las otras fábricas de tejidos de lana, de paños, de sederías y de telas de hilo, tienen poca actividad por los mismos motivos indicados en cuanto á la manufactura de algodón.

Hay además, bajo el punto de vista militar, fábricas de fusiles, de pólvora, de salitre, de planchas de cobre, fraguas, fundiciones, cordelerías, &c. Su trabajo generalmente es poco exacto y regular; pero todo ello obra según las ocasiones y las necesidades.

Pasando ahora á lo relativo á la agricultura, puede decirse que en ciertas cosas ha habido algún adelanto desde 1840. Se ha conseguido, por ejemplo, mejorar el cultivo del lino, haciendo venir algunos belgas que han introducido buenos métodos. El del trigo ha experimentado también algunas mejoras, como igualmente los granos oleaginosos, como la semilla del lino, el sésame, &c. El cultivo del algodón que había retrocedido considerablemente en comparación del estado de perfección en que se hallaba hará unos diez años, y en o por el abandono de los árabes que no se cuidaban de renovar cada tres años las semillas, ha llamado la atención de Mehemet-Ali por la inmensa importancia de este artículo que forma el principal ramo de exportación; y ahora se empiezan á conocer algunas mejoras ligeras en las calidades producidas. Hace algunos años que se había introducido el cultivo del ópio y del añil, que se producían perfectamente habiendo tenido cuidado el gobierno de hacer venir personas inteligentes. Después de haberlo establecido todo muy bien y con enormes gastos, triste cosa es ver que hoy estos artículos están casi abandonados, y que apenas se cosechan, lo que también se debe á los funestos efectos de una mala dirección que jamás ha querido ocuparse en perfeccionar la manipulación de estos productos. La agricultura en Egipto podría progresar rápidamente si el gobierno pudiese al frente de las diferentes administraciones agrícolas de sus provincias personas que tuviesen la conciencia de lo que hacen; pero desgraciadamente los que están encargados de esto carecen de aquel espíritu de rectitud y de aquellos conocimientos agrícolas necesarios, no solo para la mejora del cultivo, sino también para no hacer desgraciado al labrador, que es el ser que forma la riqueza positiva de un país que lo debe todo á su suelo. Producen tales causas los mas tristes resultados, pues las estorsiones que los gefes de los pueblos hacen continuamente soportar al pobre cultivador, lo obligan por último recurso á abandonar el hogar doméstico; y así es que en lugar de ver aumentar la población de Egipto, la vemos disminuir todos los años como consecuencia de una emigración bastante considerable. Pronto pondría remedio Mehemet á todos estos males si conociese su causa; mas como es interés de todos los empleados, desde el mas elevado hasta el mas inferior mantener este estado de cosas, hay mucho cuidado en ocultarle los hechos y en disminuirle la extensión del mal. Ha aquí

una circunstancia que prueba cuánto se interesa el virey en el bienestar de su pueblo cuando llega á sus oídos la verdad: de tres años á esta parte se ha manifestado en todos sus estados una fuerte epidemia entre los animales. (Esta enfermedad es la misma que hoy reina en Alemania; aquí mengua todos los días su intensidad.) En cuanto Mehemet supo la existencia de este azote, se apresuró á enviar, y envía aun, no solo á lo interior del Africa sino al otro lado del mar sumas considerables para comprar una gran cantidad de bueyes y de caballos que ha hecho distribuir en parte á las personas que han sufrido pérdidas de esta clase, concediéndoles toda clase de facilidad para el pago. Lo que ademas prueba cuánto interes manifiesta por el progreso y el desarrollo de la agricultura, es el inmenso proyecto relativo al establecimiento de la Barra del Nilo, de que se ocupa con tanta tenacidad hace algunos años: por fin, hace poco que acaba de someter á la comision de puentes y calzadas de París los planos de dos ingenieros franceses que se disputan esta obra gigantesca; y en cuanto se haya decidido cuál de los dos es el mejor, tenemos la certidumbre que inmediatamente se empezarán los trabajos. Esta es obra que será ciertamente digna de un gran hombre como Mehemet-Ali; pero es difícil prever si los resultados corresponderán enteramente á las esperanzas concebidas. Uno de los objetos principales de la Barra será conseguir el riego de terrenos que hoy no pueden disfrutar de los beneficios de las inmediaciones del Nilo; pero se teme que haya escasez de brazos para cultivar toda la estension de territorio que será preciso añadir á lo que ya está cultivado, pues la poblacion de todo el Egipto sube actualmente á 1.500,000 almas, que se hallan repartidas poco mas ó menos del modo siguiente:

400,000 almas en el Cairo.
100,000 en Alejandria.
400,000 esparcidas en diferentes ciudades y pueblos del interior.

Total . . . 900,000

Quedan 600,000 almas para el cultivo de las tierras, de las que hay que desquitar ademas 150,000 almas entre niños, ancianos y enfermos; los restantes pueden realmente llamarse *fellahs* ó cultivadores y la superficie del terreno que cultivan hoy sube poco mas ó menos á 1.800,000 *feddans*. Si, pues, por efecto de la Barra del Nilo se consigue hacer cultivables una superficie de 2.200,000 *feddans* mas, lo que parece probable seria evidentemente necesario tener mayor poblacion agrícola si todo ello se ha de explotar, tanto mas cuanto que para la superficie que actualmente existe apenas basta el número de trabajadoras, y todos los días disminuye. Segun este cálculo aproximativo puede ponerse en duda que la Barra llegue á ser tan útil bajo el punto de vista de la explotacion del nuevo territorio; pero por otra parte producirá grandes ventajas asegurando las cosechas del bajo

Egipto, porque siempre que el Nilo no llegue á la altura necesaria se podrá por este medio inundar los terrenos elevando el nivel de las aguas.

CONDICION DE LOS OBREROS INGLESES.

I. — LOS MINEROS (1).

Los últimos rayos del sol luchando con las cenicientas nubes que lucian al traves de la campiña, permitian descubrir á media luz una comarca de aspecto singular.

En toda la estension que la vista podia alcanzar sobre aquel terreno poblado de colinas calcáreas, se distinguian cabañas ó mas bien chozas esparcidas aquí y allí, aisladas estas, aquellas unidas en grupos, algunas alineadas, pero nunca de modo que formasen calles; hornos encendidos, pilas de carbon inflamadas, montones de escórias, destruian la alineacion, al mismo tiempo que por todos lados se oia el rujir de las fraguas y los hornos, cuyas negras bocanadas marcaban las puertas de las minas ó la entrada de las capas de uña que ocultaba el terreno. Los canales se cruzaban en varias direcciones y cortaban en elevaciones diversas aquella especie de soto lleno de mádrigueras de hombres; aunque las paredes desniveladas de muchas hileras de casas indicaban demasiado la naturaleza de aquel terreno hueco é incesantemente comovido por el trabajo interior, veianse lucir acá y allá entre aquellos montones de espuma de hierro y de escórias metálicas, pequeñas manchas de verdura, sembrados de trigo, praderas relegadas en aquel desierto mas sombrío que terrible, donde no se encontraba ni un arbusto ni un matorral.

Era la hora del crepúsculo, hora en que el aldeano de los paises meridionales se arrodilla ante la imagen de la Virgen bendita; hora en que la caravana detiene su hilera ondulante en el inmenso espacio, y el peregrino inclinando su turbante bácia la piedra sagrada se prosterna en direccion á la santa ciudad; hora no menos bendita que anuncia el reposo al trabajador ingles, y que saca al minero subterráneo á la superficie, para que respire un momento el aire de la tierra y contemple la luz de los cielos.

¡Y ahora miradlos cómo salen! la mina ha vomitado su turba, el pozo ha vomitado sus siervos. La fragua queda silenciosa, el balancin quieto, y en la flautera hormiguean enjambres animados, bandadas de

(1) Estos interesantes fragmentos, cuyas descripciones dramáticas están sacadas de los tristes y palpitantes anales de la industria inglesa, han sido extractados de una obra notable que con el título de *Sibila, ó las dos Naciones* ha publicado Mr. d' Israel, individuo del parlamento. Estas dos naciones que existen en Inglaterra, y entre las cuales no hay comunicacion ni simpatia alguna, que en costumbres, en ideas y en sentimientos permanecen tan extrañas la una á la otra como si habitáran mundos diferentes, cuya educacion, alimento y modales nada tienen de comun, y que son gobernadas por leyes distintas, estas dos naciones, dice Mr. d' Israel, son los *Ricos* y los *Pobres*.

hombres robustos, de ancha espalda y músculos salientes, empapados en sudor y negros como los hijos de los trópicos, cuadrillas de jóvenes de ambos sexos, sin embargo de que ni por el vestido ni por el lenguaje se les distingua, porque todos llevan traje de hombres, todos gritan con voz entronquecida, todos juran con grosería igual. Están desnudos hasta la cintura; llevan unos calzoncillos de tela basta, y entre sus piernas cuelga una cadena de hierro sostenida por una correa. Las jóvenes inglesas emplean por espacio de doce y hasta diez y seis horas diarias sus manos delicadas y sus lacerados pies, en empujar, tirar y arrastrar pesados fardos de carbon á lo largo de galerías estrechas, oscuras, pendientes, húmedas y resbaladizas. La sociedad de la emancipacion de los negros no se inquieta lo mas mínimo por semejante estado de cosas, y es mas notable este olvido porque las minas en que la mayor parte de los jóvenes esclavos blancos consumen su fuerza y su vida, pertenecen á esos humanitarios, á esos dignos abolicionistas.

¡Védlos salir de las entrañas de la tierra! ¡Niños de cuatro á cinco años, jóvenes hermosas, amables y tímidas todavía, á quienes se les impone la gravosa obligación de entrar en la mina las primeras y salir las últimas! No es rudo su trabajo, porque sería imposible; pero lo ejecutan en las tinieblas y en la soledad. Estas débiles criaturas sufren el horroroso suplicio que la filantropía de los filósofos modernos ha impuesto á los mas grandes criminales, y que para estos miserables es mas terrible que la misma muerte.

Rápidas se suceden las horas, y lo único que al muchacho de las minas vá á recordarle el mundo que ha dejado y la cuadrilla de que formára parte, es el rodar sucesivo de los carrillos de carbon, á los cuales debe abrirles las puertas de las galerías que es necesario tener siempre cuidadosamente cerradas, excepto en el instante en que los carros cruzan por ellas: de esto dependen la seguridad de la mina y la vida de los obreros. ¡Pobres niños condenados á ese suplicio continuo, entre quienes se encuentran rostros celestiales! ¡pobres ángeles, guardianes de aquel infierno!

Un grupo de mineros se dirigió hacia una casa de mejor aspecto que las otras chozas, y que se distinguía por tener pintado en una vistosa muestra el *Solaciente*. Entraron los obreros como tenian de costumbre: saludólos con agradable sonrisa la dueña de la tienda, y con mucha amabilidad fue informándose de lo que debía servirles: ellos se sentaron desde luego á la mesa, y aun cuando no la hubieran encontrado desocupada, tambien se habrían apoderado con pleno derecho de sus asientos habituales. Grandes pedazos de pan blanco se veian en sus ennegrecidas manos; el brillo de sus dientes de marfil contrastaba con lo tiznado de sus rostros; se podia decir que era un banquete de negros.

Dieron vuelta los botas de cerbeaux, encendieron

las pipas; pasadas las primeras humaredas hubo un momento de silencio, y luego, el que parecia ser jefe de aquella cuadrilla, que en realidad ostentaba toda la importancia de presidente, se quitó la pipa de la boca, y pronunció la primera frase completa que hasta entonces se habia dicho en voz alta.

—El hecho es, dijo, que esta vez nos han arruinado con sus *tommy*. (1)

—Nunca habeis dicho cosa mas exacta, maese Nixon contestó uno de sus camaradas.

—Eso es el Evangelio, añadió otro.

—Lo que al presente interesa es saber lo que nos queda que hacer, continuó maese Nixon.

—Efectivamente, ahí está el *bustia*, exclamaron muchos de entre ellos.

—La cuestion, continuó el minero mirando á su alrededor con aire majistral, el punto esencial de la cuestion, que yo digo, consiste en saber lo que se entiende por una paga, por un salario. ¿Que os parece? Yo por mí digo que por salario no se entiende la azucar, ni el té, ni el tocino; no se entiende tampoco la luz y mucho menos los vestidos. Al oír esto todos empezaron á murmurar entre dientes.

—Camaradas, continuó Nixon, vosotros no ignorais lo que ha sucedido á Jiggins; sabeis muy bien que cuando fue á pedir lo que le debian, cuando fue á cobrar el resto de su cuenta, antes de descontar lo que tenia apuntado en el librete de *tommy*, aquel maldito negro de Diggs le obligó á tomar dos chalecos: ¿y un pobre minero qué ha de hacer con ellos, sino empeñarlos en casa del yerno de Diggs, junto á la tienda de su suegro y vender el recibo por seis sueldos? No debemos salirnos de la cuestion, que he dicho: ahora consiste esta en los chalecos y en el *tommy*; los chalecos primero y después el *tommy*.

—En los dos meses últimos he ganado yo mis veinte francos por semana, dijo uno de ellos, y así me salve Dios, como es cierto que no he podido ver ni una vez siquiera el busto de nuestra graciosa y joven reina sobre una pieza redonda.

—Pues yo, dijo un tercero, he tenido que pagar al comadron de mi pobre muger con el *tommy*. Doctor. ¿qué he de hacer yo? no tengo un maravedí; no tengo mas que el *tommy*, nada mas que el *tommy*. ¿Queris tocino ó queso? No faltaba mas, me respondió, queso á veinte sueldos la libra. A doce suel-

(1) El *tommy* es una especie de usura desconocida todavía en Francia y en España. El último de los numerosos intermediarios que en Inglaterra separan al capitalista del trabajador, es el *butty*, ó agente encargado de pagar á los obreros, el cual tiene una tienda llamada *tommy*, donde les vende al fiado toda clase de mercancías de baja ley. Siempre procura retardar todo lo posible el ajuste de cuentas con sus subordinados, y después de la mita á los que insisten en que los pague en dinero; de manera que los pobres trabajadores se encuentran precisados á salirse de la tienda usuraria, y el precio que el vendedor señala arbitrariamente á las mercancías, lo inscribe en un librete de *tommy* en descuento de sus salarios. Diggs es un *butty*.

dos lo compro yo para mis criados; pero en fin nos arreglaremos; aceptaré el *tommy* como quiera que sea.

—El pobre Jiggins, añadió Nixon, debe sus censos y teme que le apremien; pero no importa: con sus dos chalecos puede decir que le ha tocado la lotería.

—Y además esta infernal tienda del *tommy* no se abre más que una vez á la semana, continuó uno de los compañeros, y si no llegais á tiempo, os vereis en la precision de trampear por espacio de siete días; con mas que este condenado *tommy* está en el fin del mundo, luego os hacen estar de planton un siglo. Mi pobre muger pierde en él un día entero de cada vez; añadid á esto la ida, la vuelta, el tiempo que hay que esperar siempre de pie, y las injurias y maldiciones de aquel diablillo de José Diggs, que se ha propuesto hacer temblar á las pobres mugeres cuando se empujan unas á otras por colocarse las primeras.

—Verdad es que todo el mundo dice que es mas malo, que es un perro mordedor.

—José es tan colérico como un pavo. Mas para utilizarse de lo que un pobre infeliz le da en prenda, y para mondar y desollar á su gente, no hay ninguno como el padre. No tengais cuidado, os dice: en mi casa encontrareis de todo. Pues bien, yo quisiera saber quién nos compondrá los zapatos. ¿El usurero Diggs, es tambien zapatero de viejo?

—¿Nos lo hará por un sueldo de patatas ó por dos liards de leche?

—¿No por cierto! es necesario ir por ello al *tommy* y revenderlo, haciendo una verdadera operacion comercial. El tocino que pagais á Diggs á diez y ocho sueldos la libra, lo encontrarais á doce en casa del revendedor; de consiguiente este no os lo puede comprar á mas de ocho sueldos y medio; y si así no os cercena la mitad del salario, no sé yo contar mi paga.

—Tan verdad es eso como el evangelio, camarada Waghorn.

—Diggs, á mi entender, es un opresor del pueblo, dijo una voz desde uno de los rincones mas apartados de la habitacion.

—Nixon miró á su rededor, aspiró fuertemente el humo de su pipa, soltó una bocanada, y dijo: no os contradigo yo: es efectivamente la sanguiuuela mas ansiosa, el *butty* mas cruel que ha tocado jamás la campana de una mina.

—¿Con qué objeto establece su tienda un *butty*? preguntó el extranjero; esta es la verdadera cuestion legal.

—Buena suerte le cabria al que recurriera á la ley, replicó Nixon; no será yo por cierto. No es fácil librarse de estas tiendas de *tommy*; el que se acerca á ellas queda enredado: creedme.

—No nos pagan mas que cada cinco semanas. ¿Y cómo queréis que un hombre viva siempre esperando? Supongamos que uno haya hecho sus ahorros, y que con ellos pueda sostenerse un mes, cinco semanas; supongamos además que le deben todos sus jornales por completo, de modo que en el librete de *tommy*

no tenga apuntado ni un sueldo; ¿qué le dira el *butty*? «¿Y ahora necesitais alguna cosa? ¿se os anota algo en el librete?» Y si nuestro hombre da la misma contestacion que antes, si vuelve á decir: «nada,» estad seguros que el *butty* le replicaria: «No es menester que bajeis á la mina, porque no hay trabajo para vos,» Esto si que es violento, atroz.

—Sí, sí, añadió otro minero. Pedidle que os afloge algunas monedas, y no tendreis mas remedio que poner os vuestra camisa y salir del pozo.

—Los plazos largos son los que nos arrastran por fuerza á las tiendas de *tommy*, dijo otro trabajador; y si un *butty* os despide, porque os habeis negado á tomar nada del *tommy*, no hay esperanza de que os vuelvan á emplear en ninguna parte: sois un hombre rechazado ya de todas las minas.

Los *butty*s son peores todavía que el *tommy*, dijo un minero, que hasta entonces no habia hablado. ¡Dios mío! y los mineros son los únicos que saben lo que pasa debajo de la tierra! Yo por mi parte soy metodista, y hace mucho tiempo que me esfuerzo por obrar lo mejor que puedo. Todo el mal que he causado á los *butty*s, ha sido el decirles que en el juicio final no les serán muy meritorias sus obras.

—Su proceder es seguramente infernal; ellos encuentran mil pretextos para hacernos trabajar de valde; tienen una medida especial para medir el trabajo y un peso especial tambien para pagarlo. Antes de que consigais que os empleen, habeis menester beberos en su tienda mas de una botella de cerbeza. ¡Ah! ¡si la reina hiciera alguna cosa por nosotros, pobres infelices, seria pan bendito!

—No hay sobre la tierra tirano alguno que pueda exceder á un *butty*; estoy seguro de ello, dijo un obrero: para el pobre no ha justicia.

—¿Pero por qué no esposeis vuestras quejas al propietario ó al jefe de la mina?

—Bien se conoce que no sois del país, señor, contestó Nixon, despidiendo una prodigiosa humareda; oráculo de la gente de su clase, siempre que hablaba era escuchado con profundo silencio, pero aun cuando tuviera intencion de hablar poco, siempre sus discursos eran, como sus camaradas le decian, un filon regular de ulla cuyo fin no se descubria.

—Creo, señor, que sois extranjero, porque de otra manera sabrais que me seria tan fácil abrir el pozo de una mina con esto (y señaló el extremo de su pipa) como á un minero el hablar á su amo. Entre ellos hay un abismo, señor. Yo no tenia nada mas que quince años cuando entré por primera vez en el pozo, y muy pronto cumpliré cuarenta de servicio; de manera que puedo con razon decir que tengo concluida mi tarea, y que sé muy bien de lo que hablo. En cuarenta años, señor, aprende un hombre cualquier cosa, y mucho mas si en todo ese tiempo no ha variado de país ni de oficio. Yo, señor, he tomado parte mas de una vez en las coaliciones ocurridas en esos cuarenta años, y he sido testigo de las mayores revoluciones del país. He visto

á los nuestros holgar semanas enteras, y he sufrido hambres tan crueles, que en toda una quincena de dias no he llevado diariamente á mi boca mas que una patata con una poca de sal. Se habla del *tommy*; pero aquella pitanza era mas dura, solo que combatíamos por conservar nuestros derechos, y la salsa hace el pescado. Creedme, señor, de todas las coaliciones que en mi tiempo he visto, no ha habido una sola que no se hubiera evitado con que antes el amo y los obreros hubieran hablado dos palabras; pero nunca ha sido posible acercarse á él: entre el pobre y el rico no hay relacion ni vínculo alguno, y en esto consiste el mal.

—Verdad es, Nixon; y en prueba de ello acordaos de nuestra gran coalicion de 1828, cuando los amos dijeron que escucharian nuestras quejas, y todo lo que hicieran fue recorrer el pais y hablar á todos los *butty*: los *butty* son sus orejas.

—Si los amos hablaran con los trabajadores, seríamos tan sumisos como soldados; pero nuestros nobles huyen la presencia de un minero como si temieran que con la vista los envenenará, y si salimos del pozo para hablarles una palabra, huyen y desaparecen al momento.

El *butty* es quien causa todo el mal, dijo Nixon; es peor todavía que el *tommy*.

—El pueblo no gozará de sus derechos, dijo el extranjero, hasta que haya aprendido á conocer su fuerza. Supongamos que cincuenta de vuestras familias, en vez de coalicionarse para suspender el trabajo y morirse de hambre, se reunieran bajo un mismo techo; entonces viviríais mejor que vivís ahora; tendríais mejores alimentos, mejores vestidos, mejor habitacion, economizaríais la mitad de vuestro salario; con el tiempo llegaríais á sercapitalistas, podríais tomar minas en arrendamiento y ganar vosotros mas; y trabajando menos, les pagaríais á los propietarios mejor renta que la que en la actualidad perciben.

—Caballero, dijo Nixon, quitándose la pipa de la boca, y soltando una enorme bocanada de humo; hablais como un libro.

—Se trata, continuó el extranjero, del principio de asociacion, de la necesidad del siglo.

—Caballero, replicó Nixon, este siglo tiene muchas necesidades; pero la principal de todas es cobrar cada uno su paga.

A poco rato pipas y botellas empezaron á agotarse, y bebedores y fumadores se prepararon á marchar.

LA CENA DEL SEÑOR,

DE LEONARDO DE VINCI.

Leyenda alemana. — Conclusion.

En esto llegó la Semana Santa y Leonardo empezó á notar murmullos sordos y misteriosos en el círculo de las personas que le rodeaban. Entonces se precipitó Octavio el amigo de su corazón, en su aposento, exclamando: ¡sálvate Leonardo, estás perdido! El prior y el duque están

convencidos de que no puede concluir el Cristo, habrán de llamar á Burnosoltti y de procesarte y ponerte en prision, acusándote de crimen de lesa magestad por haber pisoteado el retrato del duque.

—Huye pues, y sálvate.

—Sí, exclamó Leonardo confundido; huiré lejos de aquí, y sacudiré de mis pies el polvo de esta ciudad habitada por víboras y serpientes, regresando á mi querida ciudad natal donde libre de las persecuciones de ese moro y de ese monge, empezaré una nueva vida.

En este momento le interrumpió la guardia del duque que entró para notificarle su arresto.

—Todo se ha perdido, exclamó Leonardo, dejándose caer casi sin sentido sobre su asiento; ya no hay medio de salvacion. ¿De qué me sirve haya concluido brillantemente las figuras de los Apóstoles si falta la del Señor? ¿de qué me sirve todo cuanto he hecho por tí y para tu ciudad, insidioso tirano? ¿Qué me valen las riquezas semillas que he sembrado en el campo del arte, y que redundarán en gloria tuya? ¡Ah! vendrá mi rival y recogerá el fruto de mi trabajo! y Leonardo de Vinci perecerá con su gloria.

—¿Esto es muy triste! ¿qué hecho yo para merecer tan grande desgracia?

Así se lamentaba Leonardo, prisionero en su propia morada, pues bajo el pretexto de evitar que ningún esbirro le molestase, la guardia le acompañaba diariamente cuando iba al refectorio y cuando regresaba de él. Pero estos últimos dias transcurrieron tambien sin que resolviese á dar una pincelada, y al fin llegó la víspera del Jueves Santo. Entonces se sacó el tablado, quedando solo el telon que ocultaba la pintura, y que estaba prohibido que nadie lo descubriese antes de tiempo. Aquella noche Leonardo se revolvió desesperado en su lecho, exclamando á cada instante:

—¿Andrés, Andrés! sácame de este conflicto, el mayor en que puedo verme en la tierra: á esta exclamacion seguia un profundo silencio interrumpido solamente por el ruido de la polilla que roía las carcomidas vigas del cuarto. Andrés no aparecia. Pero algunos transeuntes al pasar á media noche por delante de las ventanas del refectorio, vieron dentro un débil resplendor y una sombra gigantesca que se agitaba en el alto y embovedado techo.

Brilló la aurora del Jueves Santo, y Leonardo abandonó el lecho, esperando tranquilamente su suerte con la resignacion de una alma noble.

Al llegar la hora del medio dia fue conducido al refectorio.

Allí se hallaban reunidos en apinado concurso toda la comunidad del convento, el alto clero de Milan, todos los nobles y grandes de la ciudad, los individuos de la academia de pintura, artistas de todo género: los sordos murmullos de la multitud se convirtieron en un silencio sepulcral cuando se presentó el maestro, quien con la

cabeza inclinada tristemente fue á colocarse junto al ángulo de una ventana, atrayéndose todas las miradas.

El tumulto que empezó á oírse fuera anunció la llegada del duque, quien se presentó en la sala con toda su magnificencia de soberano, y acompañado por el prior en cuyas miradas se leía la seguridad del triunfo que creía alcanzar.

—Ea, maestro, dijo el duque dirigiéndose á Leonardo: enseñadnos pues si os place la pintura de la cena del Señor que hace un año prometisteis concluir según mi voluntad para este Jueves Santo. Toda la nobleza y todos los hombres inteligentes de Milan se hallan aquí reunidos para ver la nueva creación del célebre pintor de Florencia.

Leonardo no tuvo aliento para contestar; solo se inclinó humildemente permaneciendo en esta actitud como el que espera que el hacha del verdugo caiga sobre su cabeza. A una señal del duque se descorrió el telón de repente.

Toda la concurrencia prorumpió en exclamaciones de admiración. Leonardo entretanto tenía los ojos fijos en el suelo sin atreverse á levantarlos.

Al fin tuvo valor para dirigir de soslayo una mirada á la pintura, y su sorpresa fue tal, que se imaginó que era un sueño todo lo que le pasaba. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y con los brazos extendidos hacia la pintura exclamaba: ¡Oh Andres, Andres!

La cena del Señor se hallaba perfectamente acabada, ostentándose el Señor en medio de los doce Apóstoles, tal cual lo había visto en la noche de su fascinación.

Entonces el duque se dirigió hacia él, y mirándolo largo tiempo con una mirada significativa, le dijo: en verdad, maestro Leonardo, que sois un gran pintor, y la insignia de honor que no quisisteis merecer en otra ocasión, no os ha de faltar esta vez. Y vos padre prior, continuó el duque, ¿qué decís á esto? creísteis haber echado bien vuestras cuentas, pero os han salido fallidas.

Mudo y pálido como la muerte se quedó el prior; por todas partes resonaban los aplausos que se tributaban al artista, en tanto que ya algunos empezaron á dirigir alternativamente sus miradas al prior y á la pintura circulando primero ligeros y maliciosos murmullos por la concurrencia, hasta que al fin llegó á resonar en coro la exclamación: ¡él es! ¡él es! Entonces se acercó Octavio á la pintura, y señalando á ella con una mano y con la otra al prior, exclamó en alta voz: Este es Judas Iscariote el que vendió á su Señor y Maestro.

—Sí, sí, respondió con júbilo, la multitud, en tanto que los individuos de la comunidad que profesaban un vivo odio al prior, murmuraban entre sí: ¡Verel! ¡verel! ¡verel! ¡est, est, est!

El duque no pudo menos de sonreírse malicio-

samente, y señalando al humillado prior, exclamó como los monjes: ¡Est!

Leonardo sintió entonces su corazón traspasado de dolor. Tan satisfactorio como le fue el notar que el Judas había sido reconocido de algunos, tanto le indignó la pública y amarga burla del concurso, la cual le parecía una disonancia que turbaba la pura armonía que debía producir la sagrada pintura. No llegó á sentirse contento consigo mismo, hasta que vió que algunos sacerdotes y legos inteligentes se detuvieron á considerar las demás figuras, explicando el carácter de cada una de ellas, cuyas observaciones escuchaba con el mas vivo interés.

Así concluyó Leonardo de Vinci la cena del Señor con aplauso de toda la Italia. Aquel día acudió gran número de gente de todas las clases del pueblo al refectorio, no tanto para recrearse en piadosas contemplaciones delante de la pintura, sino por curiosidad de ver al Judas Iscariote, prior de aquel convento, á quien todo el mundo aborrecía por el misterioso influjo que ejercía en el ánimo del duque.

Leonardo sucumbía casi bajo el peso de la felicidad que en aquella ocasión gozaba, pues todos querían ver al célebre maestro que había concluido tan magnífica obra para darle el parabien; de manera que hasta bien entrada la noche no logró Leonardo verse libre de los numerosos admiradores que le felicitaban, ni pudo entregarse al reposo quedando solo en su aposento.

Entonces, después de tantos días de penas y desconsuelo, corrieron libremente de sus ojos las lágrimas de la alegría y del agradecimiento.

Me has cumplido tu palabra, fiel maestro, exclamó lleno de gozo. ¡Oh! ¿qué debo yo hacer ahora para ser digno de tu paternal amor? Lo que haré será seguir tus doctrinas toda mi vida, como las he seguido hasta aquí.

Después de tantas noches de insomnio no tardó mucho en quedarse tranquilamente dormido. Entonces se le apareció Andres con semblante grave y severo: ¿cómo, le dijo, tú has seguido hasta aquí fielmente mis doctrinas? ¡Oh Leonardo, tu corazón no está aun limpio de la escoria mundana! Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, ¡este es el mandamiento del Señor! Dime ahora si lo has cumplido tú. ¿Cuántas veces no te he amonestado que desviaras tus obras de las mezquinas pasiones del egoísmo, no manchándolas con indignas personalidades? ¿No te dije al despedirme de tí y del mundo que semejantes obras nunca alcanzaban la inmortalidad? ¿Has cumplido lo que te mandé y lo que me prometiste cuando el ángel de la muerte me separó de tu lado? Ya te ves agitado por los remordimientos. Ahora conocerás que la sagrada inspiración te abandonó en el momento en que pintando á Judas Iscariote quisiste satisfacer una innoble venganza. Ahora bien, has conseguido tu objeto; el

prestigio del prior yace derribado por tierra, y jamás podrá causarte perjuicio alguno. Pero este objeto hubieras podido conseguirlo sin que fuese necesario añadir la bafa á la venganza. Has sacrificado lo grande á lo mezquino, la satisfacción de un momento á la inmortalidad de tu obra. ¡Insensato! Sin embargo, pecaste en un momento de cólera y de alucinamiento; por eso has conseguido el perdón de tu culpa oyendo yo tus quejas y asistiéndote en el mayor conflicto que has experimentado y experimentarás en la tierra, donde pasarás en adelante una vida serena y tranquila. Yo descendí de la altura y mi pincel reprodujo con colores divinos el semblante del Señor, á quien nadie podría pintar en la tierra sino yo que le veo y le veré eternamente en toda su gloria y grandeza, cual se ostentaba la noche en que fue vendido. Pero también teugo que anunciarte tu castigo, y es que esta obra santa y sublime no quedará libre de la maldición que pesa sobre tu conducta, consistiendo precisamente el fatalismo del mal en que arrastra consigo el bien á que va unido. Tu obra ha sido profanada, y por eso debe perecer; pero tu gloria sobrevivirá. Manos torpes vendrán á reparar en ella las injurias del tiempo; y juntamente con los nuevos colores con que sucesivamente se la revista, quedará un día reducida á polvo y volverá á la nada, de donde salió. Pero un número de imitaciones difundidas por toda la extensión del mundo harán sospechar á los siglos venideros la magnificencia del original. Sin embargo, en ninguna se conseguirá representar fielmente la imagen del Señor, para lo cual es insuficiente el pincel de un mortal; y la pérdida eterna del mejor retrato de tu obra, será la espaciación de tu pecado. Las futuras generaciones no verán sino un pálido reflejo del semblante divino creado por mi pincel, y sin embargo, un éxtasis sagrado se apoderará de todos los corazones al contemplarle. Te prohibo que á nadie reveles el secreto del auxilio que te he prestado. Guarda en tu pecho la idea de que á él debes el éxito de tu obra; así no lograrán ensorbercer tu espíritu el incienso quemado en el templo de la gloria adonde te ves encumbrado, reconociendo con modestia y humildad que cuanto somos solo debemos al cielo, y rindiendo homenaje al mérito de los demás aunque deseen oprimirte. Sin embargo, te será permitido depositar este secreto en tus escritos, los cuales no serán leídos por nadie. Quedarán sepultados en el olvido con todo lo bueno y verdadero que encierran entre el polvo de los archivos, hasta que después de muchos siglos sean descubiertos por la ilustrada posteridad. Pero consuélate, Leonardo; lo que tenía que participarte de triste ha concluido: oye ahora lo agradable.

Saldrás purificado de este error como el oro del fuego, y jamás las pasiones humanas volverán á manchar tu vida. Apurarás el amargo cáliz de la persecución; pero esta te glori-

ficará, pues mientras otros solo brillen como artistas, tú serás también admirado como hombre. No me volverás á ver mas en la tierra, donde ya no necesitas mi auxilio. Pero volveremos á unirnos en el mundo de nuestros dorados ensueños, y allí gozaremos eterna felicidad; cuando llegue tu última hora, ya que no pueda atravesar el espacio que me separa del mundo, ofreceré á tus ojos y será la enseña que te conduzca la flor de lis mi favorita; cuando percibas su aroma haz cuenta que respiras los perfumes del Paraíso. Exhalarás tu último suspiro en los brazos del hombre mas noble de tu época, de un rey que que recibirá á Leonardo de Vinci como se merece. ¡A Dios, hijo mío!

¡Oh, detente un solo instante mi querido maestro! aun otra palabra mía llegue á la eternidad.

¡En vano! Andrés desapareció; y cuando Leonardo abrió los ojos, penetraban por la ventana los primeros albores de la aurora del Viernes Santo. Reanimado y fuerte volvió á entrar en la vida. La sentencia pronunciada sobre su pintura no le entristecía, porque estaba penetrado de su justicia. El porvenir que le pronosticaba su maestro despertaba en su corazón gratos sentimientos ennoblecidos por una vaga y dolorosa tristeza. En un reposo inalterable, y disfrutando la estimación general, vivió en adelante en Milan, hasta que el duque su protector, seducido por los consejos de una insidiosa política, cayó prisionero en poder del rey Luis XII y fue conducido á Francia. Entonces abandonó Leonardo de Vinci á Milan; y regresando á su querida patria, á la hermosa Florencia, en donde creó juntamente con Miguel Angel Buonasotti obras inmortales. Este último no podía sin embargo reprimir el antiguo odio que profesaba á su rival. Su alma se hallaba poseída de sentimientos amargos, sombríos y melancólicos, habiendo siempre en ella una falta de armonía como la que se observa en su cuadro del juicio final. Por esta razón Leonardo abandonó pronto á Florencia, trasladándose á Roma, en donde lo mismo que Rafael Urbino ejecutó las importantes obras que todavía constituyen la gloria de sus respectivos nombres, si bien ninguna de ellas ha merecido ser tantas veces copiada como la cena del Señor, de Leonardo de Vinci. El original que adornaba el refectorio del convento de dominicos de santa María de la Gracia ha perecido con el tiempo, según lo pronosticó Andres del Barrochio, y apenas el triste viajero logra descubrir algunos restos de aquella magnificencia semejante á las ruinas de una ciudad destruida; pero el pincel y el buril han transmitido á la posteridad infinitas copias de aquel sin igual modelo, siendo notable entre todos el magnífico grabado del Florentino Rafael Monglun, junto al cual, á pesar de todo su mérito, nada valen los de Bourgeois, Richardiére y de Juan Schimberg, natural de Viena.

Bien anhelaba Leonardo embellecer la ciudad

Santa con las producciones de su pincel, cuando se dirigió á ella en compañía de su protector el duque Julian de Médicis, á la sazón en que Leon X ocupaba la silla de San Pedro y reinaba sobre las almas de los fieles; pero Buonarotti que ya se habia hecho allí popular mereciendo un alto concepto á Sancio de Urbino, continuó siendo su enemigo, causándole ofensas y pesares, y obligándole de este manera á que abandonase otra vez á Roma. Sin embargo, sobrellevó Leonardo todos los golpes de la fortuna con ánimo tranquilo y resignado, alcanzando una edad avanzada, querido y respetado de todos; pero ya temblaba su mano. Entonces le llamaron de Francia con el mayor empeño; conocía que su cuerpo estaba ya debilitado y le era imposible reproducir las creaciones de su mente. A los 70 años de edad, sus padecimientos le postraron al fin en el lecho del dolor, y entonces anhelaba de todo corazón que llegase la hora que le habia de reunir con su querido maestro. Así yacía lleno de resignación y esperanza, cuando le pareció oír en los aires la dulce armonía del órgano y el canto de la consagración de la divina cena cual llegara á sus oídos al acercarse al refectorio de los dominicos de Milan la noche en que vió al Señor y á los doce Apóstoles, y percibió el olor del Paraíso según se lo previno Andres. Alzó alegre la cabeza y dirigió sus miradas hácia la puerta que se abrió en aquel momento, viendo penetrar por ella en el aposento como envuelta en vaga niebla una corona de blancas y aromáticas lises. Eran las lises de la Francia. Entonces cayó desmayado Leonardo, y escuchó un melodioso canto que decía:

Quando corpus morietur

Fac ut animæ donetur

Paradisi gloria!

Acababa de espirar en brazos del noble y caballeresco rey de Francia Francisco I.

EL ROBAO Y EL LADRON.

—1836.—

Desgraciada la nación que de campo sirve á los trastornos políticos, á las revueltas y á las asonadas: desgraciada por siempre si los partidos levantan banderas, alzan pendones, chocan y derraman sangre: desgraciada mil y mil veces si los disturbios llegan por fin á convertirse en guerra civil!!!

¡Guerra civil!!! azote de la humanidad, soplo del bátrax, emanación del averno!..... ¡cuántas y cuántas ideas aterrantísimas, desconsoladoras, sanguinolientísimas se desprenden de tí al solo pronunciarlo! Guerras civiles, por tantas generaciones conocidas, por tantos siglos señaladas; tus efectos conmueven al filósofo, naufragan al político, intimidan al valiente..... ¡el peso de tus sucesos siempre terribles, siempre trascendentales, los reinos vacilan, y la destrucción á tu soplo ardiendo, se acrecienta y hace inextinguible entre los pueblos!—Guerra civil, cuya mano de hierro escribió, escribe y escribirá la historia de los hombres turbulentos con caracteres de fuego, con sanguínea tinta, tu brazo fuerte, poderoso, paraliza la civilización, aniquila las creencias, arranca las vidas, tala los campos y las brújulas desorientan.

Guerra civil, tan alosa como la existencia de los primeros hombres, tan joven como el niño que naciera ayer ¿cuándo fenecerá tu infernal imperio? ¿cuándo tu poder concluye y pierde el trono que asentara sirviéndole de pedestal el mundo?

¡Ah! yo te miro atrozadora, terrible, de un lado para otro ir ensañada, ora rápida, ora mesurosa, ora rápida, ya escondida, ya manifiesta..... yo te miro sobre igneo carro correr de polo á polo, ya sobre el polvo de palacios y castillos, ya sobre los humeantes restos de chozas y cabañas..... yo triste escucho lo mismo crujir bajo de tí los estallidos huecos del magnate, del rico, del noble, como triscar percibo los del labrador, los del artesano y el mendigo; yo veo ir tras tí la muerte inexorable, el llanto acerbo, la amargura eterna; yo veo entre ese séquito de males que te sigue, descollar severa á la miseria con su cara descarnada, con sus miembros secos; y por último los vicios en monton los veo marchar erguidos por tu huella y á la desmoralización en pos de tí la miro altiva y rozagante..... ¿á donde vés? ¿cuándo paras? ¿cuándo se quiebra el hábito mortífero de tu impura boca?

¡Ah! no solo á lo material llevarás la muerte y exterminio, no solo de sus embates del ímpetu ningún cuerpo físico resiste; los afectos del corazón, los sentimientos del alma, las ideas del hombre..... todo, todo lo trastornas, todo lo varías y guías, y llevas ciegos á los pueblos hasta hundirlos en el mal; y enervas y exaltas las pasiones de las grandes masas y del hombre tímido, y haces por último que perdiendo la razón su poderío, se cometan cosas que quizá sin tí jamás sucederían; hé aquí un caso.

En los pueblos militares, en los departamentos de marina, donde las dos terceras partes de los habitantes dependen del Erario, si la paga falta, la necesidad se apodera de todos los hogares, la miseria de las clases todas. Varios de los que lean este escrito habrán tenido ocasión de ver esas poblaciones en los momentos de nuestra última guerra..... calles desiertas, silenciosas, donde la yerba crece á su antojo y el musgo tapiza los cimientos de las casas; enjambres de mendigos cuyos miembros apenas pueden sostener el trasparente tronco, ni apenas obedecer la voluntad de un desgraciado dueño; hombres escuadados, de macilentos rostros, y de los cuales es preciso apartar algo la vista por temor de verles exhalar el último suspiro: menestrales, los brazos cruzados sobre el pecho, acorrajados mirar sus inertes herramientas, y tristes suspirar al encontrar que aquellos hierros no le dan el alimento que su familia necesita: jóvenes hermosos con un resto de pudor allá en la frente, tras una reja revelando con sus ojos las vigiliat..... ¡ah! un paso mas y la escena no varía; ¿veis aquella mujer, aquel hombre, cuyos trajes indican estar medianamente acomodados? pues no llevan camisa, y un frío intenso penetra hasta las médulas de sus huesos; ¿veis aquel seior, cana la cabeza, bordado el uniforme, cubierto el pecho de cruces y de placas? ¿veis aquel otro de apuesta presencia y galonado traje? pues ni en una ni en otra casa se ha encendido hoy fuego ni se encenderá mañana, ni tienen esperanza de encenderlo el otro..... Este el cuadro que presentarán tales pueblos, este el estado de hogares numerosos que un día encerraron la gloria, la dicha y la abundancia, hoy envueltos en el polvo que la guerra alzó con su sapal yacen oscurecidos y olvidados.

En uno de estos departamentos, divididos en dos porciones, en dos pueblos, digamos así, mostrando el uno modestas pero limpias y alineadas casas; el otro hogares denegridos en tortuosas calles; aquel cultura,

lucen decir, e' erados pensamientos; este otro costumbre provincial, un dialecto; el primero encerrando el poder, el mando; el segundo conteniendo la servidumbre, la obediencia, pero ambos unidos por un largo y negro paredón; el arsenal; identificadas por unos mismos intereses, *los de la marina*; en esta villa, donde el templado pero ventoso invierno interrumpido es solamente por unos cuantos dias de verano, y las noches son lluviosas, oscuras, un hombre, por espacio de veinte años pasaba todas ellas de uno á otro barrio, sin que la total oscuridad del tránsito le arredrase, sin que la lluvia le detuviese, sin que la soledad de aquella gran cerca que cual fatídica línea renegrida se destaca de las sombras y convidaba al asesino y al ladrón, le amedrantase; sin mas armas que su valor, sin mas compañía que su arrojo, en tan largo período ningún accidente le habia detenido á la ida ó á la vuelta del apartado barrio.

En el año puesto á la cabeza de este escrito, uno que otro robo, una que otra frustrada tentativa, hacían temible el tránsito por la grande cerca; mas no por esto nuestro hombre dejó de efectuar su viaje cotidiano; sin armas, sin precaucion, el mismo hombre y la misma confianza.

Una noche, pues, en que la lluvia y el Sudoeste le hacían á nuestro protagonista creer que la distancia que habia de recorrer se hacia mas larga, costeaba en vuelto en su larga capa y calado el sombrero hasta las cejas, la alta cerca, ya sirviéndole de balisa para no embarrancar en los barrizales, los guarda-cantones, ya de estrella polar lo blanco de una casa allá á lo lejos. Navegaba el hombre viento en popa impedido por rugientes rifagas, procurando de cuando en vez rizar el vuelo de su capa para impedir un desarboló; y aun cuando montar el ángulo de la cerca como pudiera bajo un tiempo anhelar el verse á sotavento del cabo Ortegá, de el de Peñas ó del de Machichaco; ya estaba para doblar la esquina, cuando un hombre apareciendo de imprevisto como corsario en recalada, le detuvo agarrándole por el embozo de la capa.

—Vuestro dinero, dijo, á obra mi puñal.

Y la punta del acero, atravesando el paño de la capa, se detuvo en uno de los botones del costado izquierdo del frac.

No habia que oponer resistencia; la insinuacion era concluyente, el abordage superior; no habia esperanza de socorro, el mas profundo silencio reinaba en torno; ni una pisada..... era preciso obedecer.

—Aquí tienes mi reloj.

—Yo no le quiero.

Y la mano que tenia el puñal temblaba convulsamente.

—Vuestro dinero, concluyamos pronto.

—Tan solo un duro.....

—Es bastante.

Y arrancándolo el ladrón de la mano que se lo presentaba, echó á andar eusegadamente.

Aun permanecía el asaltado con el reloj en la mano pensando en valde su imaginacion por descifrar conducta tan estraña, cuando el criminal alejándose mesuradamente se iba á perder entre las sombras; por un movimiento de curiosidad el robado siguió las aguas del ladrón.

Luego fué que ambos hombres penetraron en el barrio situado al Norte de la villa; barrio no pisado en la época marcada mas que por sus famélicos habitantes, y el cual abriendo sus puertas para recibir los que del otro ahuyentaba la miseria, fuera como tránsito para la inmediata muerte. El hombre que iba delante apresuró el paso; el que le seguía hizo lo mismo

atravesando calles oscuras, tortuosas, cenagosas; haciéndose menos espuesta la persecucion, por las vueltas y revueltas y que la desigualdad de las casas presentaba.

El ladrón se paró delante de una pequeña y carcomida puerta; dió dos golpes; la puerta se abrió; un rayo de luz hizo mas visibles las sombras de la noche; el bulto desapareció; la puerta crujendo se cerró, y el embozado se quedó en una completa oscuridad. Mas pronto que lo escribimos se acercó el robado á la puerta que se acababa de cerrar, y atisbando por una ancha rendija, pudo ver y escuchar lo que pasaba dentro de aquella casa de tan humilde aspecto.

La débil luz de un candil alumbraba una baja, renegrida, pequeña é inmundada estancia; una muger joven, pero flaca, macilenta, estenuada, mal cubierta por mugrientos harapos anudados, veíase sentada en un montón de hedionda paja, acariciando con tristísimo ademán la cabeza de un niño, casi desnudo, que dormido reposaba en su regazo; con la otra mano tenia cogidas las dos de otro niño, también dormido, y los oprimía dulcemente como poseída de alguna sensacion, teniendo al mismo tiempo fijos los ojos en una tercera criatura que, sentada sobre la podrida paja, cubierta con los restos de una manta, renegrido el rostro, erizados los cabellos, ocultaba titirando sus manos entre las rodillas de aquella muger, como buscando el abrigo y calor que le faltaban.

El hombre que acababa de entrar arrojó con ímpetu al suelo la gorra de ule que cubriera su cabeza, dejándose caer con estrépito sobre un tronco allí junto á un apagado hogar.

—No hagas ruido por Dios, dijo la muger con desfallecida voz; se acaban de dormir, y si despiertan pedirán pan, y no hay que dárselos.

—Aquí está un duro, dijo el hombre alargando la mano y dejándolo caer en la que le tendiera la muger.

—Triste recurso, continuó, y arrojó lejos de sí el puñal que aun conservaba entre las manos.

—¿Qué has hecho!

Exclamó la muger desprovista.

—Robar.

Dijo con tono sepulcral el sentado en el madero, y se cubrió la cara con las manos.

—¿Robar!!!

Repitió la muger; é involuntariamente dejó caer en la paja el duro que tenia en las manos.

—Robar, sí, exclamó el del puñal levantándose con enfado, y mostrando su cara cárdena, sus ojos encendidos, y su nevado cabello erizado sobre un ancha calva..... esas criaturas se morían de hambre, y su llanto partía mi corazón; tú desfalleces, y tus lágrimas destrozaban mi alma..... nada habia ya que vender, sin ningun socorro, sin esperanza de paga..... pajas por lecho, andrajos por vestidos, por asiento un tronco..... en vano, en vano he luchado con mi conciencia, con mis deberes; inútilmente presentárame á mi mente treinta años de servicios sin mancilla; inútilmente el honor me enseñaba con el dedo el camino que conduce hasta la muerte, en vano; tres hijos que piden de comer inútilmente, una muger próxima á espirar y que se alimenta con su llanto.....

Y se sentó de nuevo, cubriéndose otra vez el rostro para ocultar sus lágrimas.

El hombre que estaba á la puerta la empujó con ímpetu, y se presentó en medio de la estancia como un fantasma. Pintar el asombro de aquella familia, nos seria imposible; el criminal se puso en pie con una prontitud extraordinaria; el muchacho de la manta

se acercó cuanto pudo á su madre; los otros mas pequeños despertaron, é incorporándose, "una limosna por Dios," fueron sus primeras palabras, tendiendo al mismo tiempo sus descarnadas manecitas hácia el estrado; la madre, sobresaltada, respirando apenas, oprimia contra su seno y reunia en torno suyo á sus tres hijos, como teniendo una desgracia.

El robado contempló por un momento aquella escena; después, dirigiéndose al amo de la casa, prorumpió.

—Hombre infeliz, la desgracia os ha robado la razón; merecéis un patíbulo, un castigo inflamante, vergonzoso . . . ¿me conocéis?

Y se quitó el sombrero y apartó la capa, dejando ver un rostro severo, venerable, un entorchado de plata, tres galones de oro sobre boca manga azul, y unos botones de suela relucientes.

—¡El señor de . . .! dijo la mujer.

—¡Mi gefe! exclamó el marido con asombro.

—¡Y á quién habeis robado? interrumpió el marino.

—¡Dios mio!!! gritaron los esposos.

Y el uno cayó de rodillas á los pies de su gefe, como si le hubiera herido un rayo, y la otra baibuciente, convulsa, bañada en lágrimas y tomando el hijo mas pequeño entre sus brazos, prorumpió:

—Ved, señor, ved á mis hijos; y los otros dos se arrodillaron, tambien vertiendo llanto; ved á toda una familia á vuestras plantas implorando misericordia y perdon: con dolor, señor, de la miseria de estos infelices seres . . . ¡ah! mi esposo no es malo, él no ha robado jamás . . . pero el hambre, el hambre, el llanto de sus hijos . . . piedad, piedad por Dios . . .

—¡Piedad!

Repitió en triste coro la familia, bañados los rostros todos de abundantes lágrimas.

Y aquel grupo, iluminado por la oscilante luz de un candil; aquel grupo destacado por las renegridas paredes, y sobre un pavimento húmedo, frío; aquel grupo de personas estenuadas, enflaquecidas por el hambre; aquel hombre encanecido en el servicio, con una conducta sin mancha, con un valor á prueba, hora la frente acobardada junto al suelo frío; aquella mujer de noble nacimiento, posternada sobre hedionda paja á los pies de un compañero de su padre; aquel hombre allí en pie, en medio de la miseria, rodeado de la desgracia, era un ejemplo vivo de las calamidades de la guerra . . . allí el erguido mostraba su colocacion en el rostro, en su vestido; los otros miserables, abatidos, revelaban al *sobrado* . . .

—Bien, basta; dijo el de la capa, olvidaré que soy gefe, no recordaré jamás . . .

Un grito de alborozo resonó en la estancia, y el dulce llanto de la gratitud corrió, y los brazos de aquellos infelices apretaron las rodillas del marino.

—Ea, concluyése todo, continuó el de los galones, dejadme; y al mismo tiempo, para ocultar su comunion y fugitivas lágrimas, se inclinó y acarició al mas pequeño de los niños; os conozco, continuó, sois honrado, habeis resistido por muchos meses . . . sois virtuoso; si un momento de enagenacion pudo estraviaros de la verdadera senda, este suceso, cual saludable leccion, os hará recobrar lo que no está muy lejos de vos.

—Teneis razon.

Dijo aquel padre infeliz; y se levantó tristemente y cruzó silencioso los brazos sobre el pecho.

—Id mañana á mi casa y os socorreré.

Y el brigadier desapareció entre las bendiciones de una madre tierna y una esposa cariñosa.

Dos meses después escribia el robado en un libro con cubierta de taflete negro:

"Trescientos sesenta rs. vn. para el entierro de . . . mi socorro lo desviaron del camino del vicio, pero su mundonor, su conciencia le han llevado al sepulcro: descanse en paz al lado de otros muchos que sin haber enrojecido nunca su frente vileza alguna, acumularan, por la misma causa, bajo el peso de la miseria; sácales á todos la tierra ligera."

GOMEZ COLON.

LA FIESTA DE S. BERNARDO EN MALLORCA.

Luchando estaba aun entre la dulce y oporifera pereza de abandonar la cama, y la incivil y exigente necesidad de hacerlo, cuando se abrió la mampara de mi cuarto, y me fue entregado un billete por mi criado. Supúse que era de mi nina, y supúse mal; pero la suposicion habia hecho ya que me incorporase en el momento, y que á pesar de la poca condescendencia de mis párpados, que se mantenian entornados, conociese mi equivocacion. Rompí, pues, el sobre, y lei lo siguiente: "Hoy es el día de San Bernardo: mi tilbury y mi caballo están que no piden sino trabajo, y he determinado aprovechar esta coyuntura para ir á la fiesta de esta tarde, si es que convengas en participar de ella con tu amigo M." Si hubiese tenido que consultar mi determinacion con la almohada, á buen seguro que hubiera consistido en un no mas redondo que un peso duro; pero como me decidiese á contestar á mi amigo por escrito, y esto exigiera, después de un prolongado desmerezo, el abandono de la cama y demas operaciones de aquel momento, fueron bastantes todas ellas para ponerme en estado de admitir sin repugnancia el ofrecimiento. Contesté, pues, que á las cinco me tendria en su casa, y fue tal mi puntualidad, que no habia dado todavía el reloj de Figuera el quinto martillazo, y ya el látigo de mi amigo habia hecho conocer á su caballo que no era nuestro ánimo gastar mucho tiempo en el camino. No necesitó mas advertencia el pobre bruto, pues que antes de un cuarto de hora nos habia puesto ya al pie de los altos cipreses del Real, que tratándose del día de San Bernardo, es como si dijéramos entre un regimiento de caballeria en dia de formacion. Y á la verdad que á ninguna otra cosa puede ser comparado el hallarse entre centenares sin fin de coches, de berlinas, de tartanas, de bombes, de carros, de caballerias de toda especie, que sin poder rebullirse siquiera, ocupan una estension considerable. En medio de esta Babilonia nos apeamos mi amigo y yo, y nos dirigimos muy determinados al monasterio del Real, donde un baile campestre á usanza del país da á conocer que allí se celebra la fiesta de San Bernardo, persuadidos firmemente de que una decidida resolucion de llegar á aquel punto era mas que suficiente para conseguirlo. Fuerte chasco llevamos por

certo. Despues de vencidas mil dificultades para salir de entre la concurrencia cuadrúpeda, y cuando creíamos hallarnos mas seguros, á pesar de la afluencia extraordinaria de gente que de todas partes se habia agolpado, una oleada nos hizo retroceder bruscamente, derribándonos al suelo en el momento en que creíamos haber llegado á puerto.

Repuestos de este contratiempo volvimos á la carga, y logramos introducirnos entre la multitud; pero muy pronto tuvimos motivo, ya para conocer que otras cosas mas acertadas habíamos emprendido, ya para dudar si á ello era preferible un segundo sopetón. Apretados como barriles en estiva entre tantos millares de personas recibiendo pisotones de unos, codazos de otros, bocanadas de humo de los de mas allá, y recios apretones de todos, allí nos hubiera encontrado la noche, no sé si vivos ó muertos, á no haberle dado la gana de pasar por el sitio en que padecíamos, á una linda zagala lujosamente ataviada que, acompañada de gaita y tamboril, se dirigia ufana á romper el baile, privilegio que para ella habia alcanzado su desprendido amante en fuerza de haber sido el que menos escaseára sus limosnas al *metiflao Doctor*. Como es siempre de costumbre, abrieron paso las gentes para la gallarda moza, y para nosotros el cielo, pues que casi pegados á ella, y como si fuéramos parte integrante de aquella regocijada comitiva, logramos á favor suyo salir del angustioso laberinto en que nos habia sumergido nuestra inconsideracion, y llegar tan contentos como sobados al deseado término de nuestra empresa.

Allí en medio de un cuadro formado con bancos vimos principiar el inocente al par que monótono baile que tanto deleita á nuestros campesinos: allí pudimos observar á aquella complacida muchacha en cuyo fresco rostro asomaba una risita modesta de satisfacción que parecia decir á sus compañeras: "*admirad mi dicha: ninguno de vuestros amantes es tan galán ni tan dadivoso como el mio*:" así como en la carita envidiosilla que ponian aquellas vimos retratado el pesar de no haber obtenido para sí tan honorífica distincion. Poco á poco fue calmando un disgusto de tanta importancia para ellas, merced á una media docena de *materas* que así, como en detall, llegó cada una á bailar, al paso que la misma causa nos ponía á nosotros algo mohinos por habérsenos acercado el mayordomo de la fiesta, armado de su caña guarnecida de ramos y cintas, á intimarnos la evacuacion de unos asientos que habíamos conquistado á empujones, fundado en que sólo á las zagalas bailarinas era dado ocupar aquellos estrados. Obedecimos; pero no por esto abandonamos aquella reunion harto animada ya para no llamar nuestra atencion.

Ya los bancos de las bailarinas se hallaban ocupados por muchachas vivas y graciosas, ocupadas tambien en aquellos momentos en coloquios con sus amantes, ó en cuchicheos con sus amigas, ó en adivinar una significativa mirada de una madre intolérante sentada en frente de ellas; al mismo tiempo que en la parte exterior del cuadro aparecia un enjambre de mozueros, cuál mendigando una palabra de esperanza, cuál colocando usño en su ancho sombrero un ramo que su Fille acababa de obtener de la solicitud de otro amante, cuál disputando con el mayordomo sobre si debía ó no ser el primero en bailar, y mezclados y confundidos entre esta turba bulliciosa ancianos á quienes recordaba aquel baile sus mejores dias, casadas que en aquel momento quisieran pasar por solteras, elegantuclos de la capital desdenándose de prestar su atencion al baile, niñas indigestamente sentimentales mirándolo con cierto aire de compasion, viejas que gruñian, niños que lloraban, formando todo un armonioso contraste con la gaita y tamboril, que sin curarse de nada de cuanto estaba el pasando, no cesaban ni un momento de aturdir los oidos de todo cristiano á impulso del no interrumpido soplo y de los fuertes porrazos con que daban á conocer su habilidad aquellos robustos tañedores.

Mas á medida que crecia el entusiasmo en aquellos aldeanos, crecia tambien la desercion hácia las vecinas llanuras de los que debiendo regresar á la capital, no querian hacerlo sin honrar antes la memoria del Santo con una abundante merienda. Nosotros nada queríamos dejar de ver, y al advertir el desfiliamento, tardamos bien poco en aumentarlo con nuestras personas, dirigiéndonos á presenciar aquella escena final en que millares de personas sentadas en el suelo, formando innumerables círculos, se preparaban, quienes con *dobriadas*, quienes con otros manjares, y todos con melones y vino para despedirse con mas alegría del Santo monge. ¡Que espectáculo aquel! Allí la franca y verdadera alegría estaba retratada en los rostros de todos: allí se veia al laborioso artesano que dejara el trabajo para dar esta huelga á sus chiquillos, gozándose en lo que gozaban ellos; al activo marinero que olvidando su aperreada vida, los peligros y trabajos pasados, y los que al dia siguiente tenia que pasar, no veia en aquel instante sino vida y felicidad por todas partes, que expresaban sus alegres coplas y el rasgueo de su guitarrilla, y disfrutaba tanto, mas, cuanto son mas escasos siempre para él tan apocados momentos: al muchachuelo travieso que despues de haber estado esperando semanas enteras este dia deseado, que nunca llegaba para él, parecia no le bastaba el tiempo para saltar y correr, y gritar y engullir sendos bocados. Todo, todo respiraba allí el mayor, el mas puro, el mas completo júbilo.

Anocheció por fin, y empezó á moverse el campamento para emprender la retirada, no sin haber antes acudido al templo una muchedumbre inmensa á rezar al Santo, y á pedirle llena de fe y de confianza la salud para el padre, la vuelta en salvamento del esposo, la fortuna del hermano, ó la aparición de un amante tan próspero como enemigo del celibato.

Rompióse por fin la marcha. Aquí fué ella: no parecía sino que todos los expedicionarios querían llegar á la vez á las puertas de la capital. ¿Qué ruido aquel de tantos carruajes que se movían á la vez! ¿Qué descompasada gritería la de los que iban en ellos! ¿Qué zurriagazos á los pobres potros sin consideración á que eran los únicos que ni se habían divertido, ni menos catado cosa alguna en la merienda! ¿Qué correr, que no parecía sino que iban disparados! Y además de esto, y mucho peor todavía, ¡qué nube inmensa de polvo, que llegando á impedirnos la vista de los entusiasmados viandantes, nos privaba hasta de hablar, sopena de dejarnos obstruidas las fauces! Y para ver esto, y exponerme á mucho mas, me has hecho abandonar la Rambla, mi querido M., hoy que poblada de mil hermosas ostentará lo mas lucido de nuestra Palma? Calla tonto, me contestó mi amigo, y no seas de los que leen los libros por las cubiertas. ¿Qué importan media docena de apretones y otras tantas pisadas y sobaduras para presenciar una escena tan interesante como esta, que tanto envidiarían muchos de los mejores países del mundo? Tú has visto la fiesta de San Bernardo. . . . ¿y no has leído nada en ella? ¿Nada has visto sino bailar, comer, beber, empujarse, y tragar polvo en medio de una incesante gritería? Examina qué clase de gente es en la generalidad la que concurre: verás que es la mas ínfima de nuestra sociedad, la que menos instrucción ha recibido; y á pesar de ello no advertirás en medio de este numeroso campamento, que componen mas de diez mil almas, ni un robo, ni una pendeñcia, ni una borrachera, ni un denuesto siquiera. ¿No te sientes lleno de gozo al contemplarlo? ¿No conoces en esto cuánta es la moralidad de nuestros sóbrios y morigerados paisanos? Y para presenciar una escena tan deleitosa, tan desconocida en muchos países, tan honrosa para el nuestro, ¿no puede uno arrostrar las incomodidades que hemos sufrido, y aplazar para mañana el análisis de nuestras bellas? Conoci que mi amigo tenía sobradísima razon, y tan despedido por mi superficialidad, como envanecido por ser mallorquín, me encaramé con él en el tilbury, y nos dirigimos á escape hácia Palma, donde entramos en medio del ruido, de la gritería, del polvo y de la luz de los hachones que encienden á su entrada los expedicionarios.

Pronto tuve ocasion de conocer mas y mas cuáles ciertas eran las observaciones de mi amigo. Una hora después de tanto bullicio no quedaban ya ni aun vestijios de él. Palma se hallaba entregada como siempre á su proverbial tranquilidad.

LOS ECOS DE LA PLAYA.

Hiede el aura, mi dulce barquilla,
Sulca el onda,
Cruza el mar;
Leve, rauda, que espera en la orilla
Quien tus remos
Ha de atar.
De la tarde la llama rojiza
Pierde fuego,
Pierde luz,
Y otra lumbre mas bella tapiza
De rubias
El azul.
En la márgen te espera anhelando
Un amante
Corazon;
Es la bella, que allí suspirando
Pide besos,
Pide amor.
De las aguas el velo flotante
Bajo un trono
De zafir,
Dilatando va el cántico amante
En sus ondas
Hácia tí.
Una alfombra te dan las espumas,
Y las nubes
Un dosel;
Y al través de las pálidas brumas
Tú te meces
Bajo de él.
Tú no tienes alcázar ni velas,
Ni cordages,
Ni timon;
Que cual ave del piélago vuelas
En las alas
De tu amor.
Del pirata y su negra codicia
Vil despojo
No has de ser:
Que su ceno feroz te acaricia,
O te esquivo
Con desden.
Tú ni el oro buscado amontonas,
Ni trofeos
Por ganar:
Ambos polos tocar ambicionas,
Y los orbes
Sujetar.
Ni el flamigero bronce tonante,
Ni la saña
De aquilon,
Ni el horrisono golfo espumante
Te dan cuita
Ni temor.
En buen hora peligros afronte
El ansioso
Mercader.
Y á su cebo mezuquino horizonte
Mar y tierra
Puedan ser.
Mas humilde, mi dulce barquilla,
Torna al puerto,
Deja el mar:
Leve, rauda, que espera en la orilla
Quien tus remos
Ha de atar.

G. TAYADO.

MADRID: Imprenta de EL ESPAÑOL.

A CARGO DE DON LEIS GARCIA.—Placeta de ISABEL II.